

"Estoy ensayando caminado de ministro".

A lo cual me contestó lo siguiente:

"Sigue ensayando y ojalá no se te dañe el caminado".

Iba a abrirse en alguna ciudad no sé que exposición, y el gobernador del departamento le dirigió al doctor Restrepo nota tras nota para invitarlo.

Lo mismo hacían los principales personajes de la ciudad, y a todas esas invitaciones contestaba el doctor Restrepo cortésmente, pero negándose a ir, porque sus ponderosas tareas gubernamentales se lo impedían.

Ya llegaba la exposición, y uno de los caballeros que antes lo habían invitado le dirigió un telegrama tan suplicante, que el doctor Restrepo—amigo como era de complacer a todo el mundo—le contestó con este telegrama:

"Me es imposible ir, pero iré".

En cierta región, iba a inaugurarse un puente innecesario; una de esas obras que algunos congresistas de provincia consiguen, merced a la amistad de sus colegas, para beneficiar sus propias haciendas.

Lo innecesario del puente consistía en que se había construido sobre un arroyo, tan poco caudaloso, que podía ser atravesado saltando de piedra en piedra, como las zagalas de Garcilaso.

El congresista que para ese puente había adquirido auxilio nacional, le dirigió al doctor Restrepo un telegrama y otro telegrama y otro, con el fin de invitarlo a la inauguración.

El presidente le contestó excusándose, porque le repugnaba presenciar la inauguración de una obra innecesaria cuando por escasez de fondos se dejaba de hacer tantas carreteras.

Al fin, ya fastidiado, le contestó su último telegrama, en esta forma:

"Agradecidísimo por invitación. No puedo ir, pero le prometo mi asistencia cuando inauguren el río".